

Mi Chica Muerta

Miranda Soriano

MIRANDA SORIANO

Mi Chica Muerta



Capítulo 1

1. Hospitalización

Llegaste al hospital donde trabajaba una noche tormentosa de agosto.

No tenía mucho de haber dejado durmiendo a un chico que había sido operado esa misma tarde, y la habitación de este estaba muy silenciosa mientras yo chequeaba que todo anduviera bien, de que él no tuviera pesadillas o necesitara otra dosis de consuelo. La vida de un enfermero: poseía el tacto que los médicos no tenían para calmar y serenar a los pacientes.

Me quedé sentado al lado de la cama del chico, mirando por la ventana tras verificar que todo estaba en orden. No tenía nada claro en la mente, pero mi tranquilidad fue interrumpida por un portazo que me hizo saltar del asiento.

Varios médicos estaban entrando a toda velocidad a la habitación mientras transportaban un cuerpo frágil hasta la cama libre, gritando que necesitaban cubos de hielo y pruebas de sangre inmediatamente.

Me acerqué hasta el alboroto tras ver que el chico no se había despertado, y entonces el tiempo dejó de transcurrir: cuando te vi.

Estabas tan pálida que tu piel alcanzaba los tonos amarillos, salvo por tus mejillas y nariz sonrojadas. Tus pupilas estaban dilatadas y mirabas confusa a tu alrededor, sin tener idea de si lo que veías era realidad o un sueño.

Debías tener diecisiete o dieciocho años por entonces.

Te encontrabas completamente aturdida y, más que una paciente con afecciones físicas, parecías estar teniendo un brote psicótico, como si estuvieras perdiendo la cordura con cada bocanada de aire que tomabas.

Los médicos te movían y zarandeaban, pero tu cuerpo y tu mente no lograban reaccionar ante ningún estímulo; ni a la luz que ponían ante tus ojos ni a cómo chequeaban tu pulso o preguntaban por tu nombre. Ni siquiera parecías poder reconocer a tu madre, que pedía explicaciones a gritos, histérica.

Quedé maravillado ante aquella visión.

Parpadeé tontamente cuando tu mirada me atravesó, e incluso tuve el impulso de retroceder para no quedar en ridículo frente a alguien tan adorable. Eras la chica más hermosa que había visto en toda mi vida, y no quería parecer un idiota, pero no podía dejar de mirarte; y una parte de mí deseaba obligarme a acercarme para saludarte inocentemente.

Lo habría hecho si nos hubiéramos encontrado en una situación completamente diferente. Habría hecho cosas muy diferentes. Probablemente esta historia ni siquiera existiría si no hubieses llegado así al hospital.

Por fin volví a la realidad cuando me pidieron que sacara a tu madre de la habitación, y así lo hice, pensando todavía en que deseaba acariciar una de esas frías y húmedas mejillas tuyas. Necesitaba quedarme al lado de mi chica perdida en el shock.

Cuando intenté tranquilizar a tu madre, pude entender algunas de las cosas que decía entre sus gruñidos y sollozos.

Dijo que padecías de lupus y que, desde hacía algún tiempo, no habías sufrido de ningún brote significativo. Confesó que creía que la medicación y los tratamientos habían surtido efecto por fin, y todo había ido bien hasta apenas un par de horas antes. Te tambaleabas al andar por tu hogar y respirabas dificultosamente.

Tu madre admitió que había pensado que era algo pasajero; síntomas fortuitos que se irían en cuanto tomaras tus pasillas. Sin embargo, antes de que tu familia se fuera a dormir, te apareciste en la habitación de tu madre tan pálida como un fantasma, diciendo que habías orinado sangre.

Ella siguió hablando y me confesó que habías desarrollado lupus a la edad de catorce. Este había estado controlado por visitas regulares al doctor... Hasta aquel fatídico día.

Dejé a tu madre en la sala de espera, donde había otras personas que comenzaron a consolarla; debían ser tus familiares. Volví a tu habitación mientras me decía a mí mismo que haría todo lo posible para que tu estadía en el hospital no fuese una tortura.

El destino me sonrió al permitirme ser tu enfermero, y mi atracción morbosa hacía ti se transformó en amor.

Capítulo 2

2. Gestos de amor

Nunca olvidaré lo nervioso que estaba la primera vez que tuve que comprobar tus signos vitales.

Las primeras veces que se te chequeó yo estaba ocupado con otros pacientes, pero aquella mañana tenía tiempo de sobra y debía hacer lo que me correspondía.

Estaba de espaldas a la puerta de tu habitación, con la mirada fija en el suelo mientras intentaba controlar mi mente, alocada por el hecho de que ahora no estarías tan atontada y confundida como antes, y ahora podrías juzgarme bien como un imbécil o como un malnacido por las razones que fuesen.

Aspiré profundo antes de entrar y, cuando lo hice, tus ojos cansados se desviaron hacia mí. Me sonreíste sin saber qué esperar. El valor que había logrado recobrar salió huyendo sin mirar atrás; eras tan linda, tan dulce, y me volvías un completo idiota.

Imité la sonrisa de forma muy lerda. Me acerqué hasta tu cama, más concentrado en controlar mis nervios que en lo que te debía hacer a ti. Tenerte tan cerca se me hacía a partes iguales enternecedor y frustrante.

La voz me tembló cuando por fin hablé.

—¿Cómo te has sentido?

Me mordí la lengua apenas terminé de hablar; ¡tarado! Seguramente se encuentra dichosa por saber que su propio cuerpo la quiere aniquilar.

Hiciste una mueca incómoda y te revolviste en la cama mientras mis manos temblorosas tocaban con cuidado tu cuello, intentando encontrar la causa del extraño silbido que soltabas al respirar.

—No... No estoy segura —tu voz hacía juego con tu aspecto: apagada y gangosa, como si pudieses echarse a llorar en cualquier momento. Me pareció adorable —. Me... Me han salido erupciones en la piel.

—Ah, ¿en...? ¿En serio? —mi profesionalismo, al parecer, había huido a la par que mi coraje —. ¿Puedo ver?

Accediste tras unos segundos de vacilación.

Quise pegar un respingo cuando alargaste una mano amarillenta hacia las sábanas que te cubrían y dejaste al descubierto tus piernas.

Por aquel entonces eras algo menor que yo, quizás por siete u ocho años, pero en ese instante lo que estaba bien o mal no pudo importarme menos; porque ese diminuto vestido azul proporcionado por el hospital dejaba muy poca cosa a la imaginación.

Deslicé la mirada sobre tus piernas como lo haría cualquier perverso cuando ve algo remotamente erótico, y el aire se me escapó; estuve dispuesto a echar a correr para evitar que te percataras del rubor en mis mejillas. Mi corazón se aceleró al darme cuenta de que tendría que observarte muy de cerca y tocarte delicadamente para encontrarle una explicación a esas manchitas rojas que se extendían por tus tobillos, como un sarpullido a gran escala.

—¿Des...? ¿Desde cuándo...? —tragué saliva y rocé las erupciones con mis manos. Ignoré tu leve estremecimiento —. ¿Desde cuándo notaste que aparecieron?

—Estas, anoche —dijiste, indicando tus piernas.

Por el rabillo del ojo noté que estiraste el cuello del camisón, dejando a la vista tus clavículas tan delicadas. Me volví para encararte, atontado, hasta que me percaté de que querías mostrarme más de las erupciones.

—Estas me salieron hace tiempo, pero han empeorado —continuaste, luego te señalaste la cara —. Igual que la de mi nariz.

Te observé a detalle, con los labios apretados para no dejar que una sonrisa atolondrada delatara cuán encantado estaba de tenerte tan cerca, tocándote y degustándote con la mirada sin que protestaras en lo absoluto.

Por segundos fantaseé con la idea de que tú hicieras lo mismo conmigo, con que gozaras de que yo te tocara con tanta delicadeza.

Pero no me malentiendas, mi amor, mi preciosa chica rota, no sólo te encontraba atractiva de forma sexual, no es que sólo quisiera haber abandonado mi papel como tu cuidador para hacerte el amor ahí mismo, no. Yo amaba tu mirada apenada tanto como tus palabras temblorosas. Hacías que esas manchas anormales parecieran adorables e incluso lograste que encontrara atractiva tu enfermiza palidez. Hacías que el malestar se tornara tranquilizante a mis ojos.

Eras lo suficientemente hermosa e inocente como para hacerme caer en la locura, siendo hermosa de manera ignorante, que lo volvía todo incluso más exquisito.

Capítulo 3

3. Sangre intoxicada

Debido a tus erupciones, una característica común del lupus, me limité a cerrar las cortinas para evitar que tomaras el sol directamente, y te di una pomada para reducir las molestias.

Me agradeciste, cobijándote hasta el cuello cuando terminé.

Te miré, pensando en mil cosas, y luego volví a la realidad.

—No has desayunado, ¿verdad?

—No... ¿Por qué?

—Bueno, necesito una muestra de sangre. Para un análisis rutinario.

Respondiste con un gesto de desagrado.

—¿Pasa algo? —dije, frunciendo el ceño—. ¿No sabías que debía hacerlo?

—No, no es eso —dijiste, sonriendo levemente. Mi vista se desvió hasta tus labios, sintiendo que mi corazón se sacudía—. Es que... Las agujas...

—Entiendo... —ladeé la cabeza, preguntándome cómo era posible que fueses tan dulce. ¿Cómo era posible que algo tan hermoso estuviese decayendo tan cruelmente? Me olvidé por completo de todo hasta que volviste a sonreír con nervios—. Ah, eh... Prometo hacerlo con mucho cuidado, ¿está bien? No tienes qué preocuparte.

Asentiste, fiándote ciegamente en mi experiencia, y con eso no pude evitar sentirme más nervioso. Por cómo confiaste en mí, no quería fallar; así que, cuando volví a tu habitación con jeringa en mano y vi tu expresión temerosa, dije algo de lo que jamás voy a arrepentirme.

—Si quieres, puedes tomarme la mano.

Titubeaste, pero lo hiciste. Un escalofrío me recorrió.

Me obligué a no pensar en aquél contacto como algo romántico e hice lo que me correspondía. Te quejaste con un gemido ahogado y cerraste los ojos.

—Listo. Terminé. ¿Estás bien? ¿Te has mareado?

—Estoy bien —dijiste, con un suspiro tembloroso. Aflojaste tu agarre, pero yo fingí no haberlo sentido para sostenerte la mano otros pocos segundos —. Gracias.

Aquella misma tarde te dieron los resultados de la prueba. Sólo podía rogar en silencio, tanto como lo hacían tú y tu familia, a que las cosas no estuviesen empeorando aún más.

Había entrado a tu habitación para despedirme del chico que compartía cuarto contigo, y cuando este se fue me quedé sentado por un minuto, descansando del atareado día. No pasaron treinta segundos cuando tus padres y un médico entraron por la puerta, con este último yendo directo al grano.

Me levanté y les di la espalda, fingiendo que tenía algo que hacer cuando en realidad solamente quería escuchar las noticias.

—Por lo que pudimos observar —dijo el médico —, todos los análisis que te tomaron previamente fueron inexactos. Tu enfermedad evolucionó en un tipo muy raro de leucemia desde hace meses, pero hasta ahora no tenías conocimiento, ¿verdad?

Dijiste que no. tu madre comenzó a soltar preguntas y peticiones, cuestionando si estaban seguros de aquello, para luego amenazar con largarse del hospital para buscar algún otro lugar donde les dijeran lo que querían escuchar: que tú estabas sana. Pero aquello era imposible.

Tras haberla calmado, el médico continuó.

—Se trata de una leucemia aguda, una enfermedad muy delicada y... Lamento decirlo, pero quienes la padecen tienen pocas chances de sobrevivir.

Me cubrí la boca con una mano, sabiendo muy bien que el médico te daba plazo de vida de algunos meses.

Estaba acostumbrado a escuchar desenlaces trágicos en la vida de personas que iban y venían, pero nunca había sentido tristeza genuina por nadie hasta entonces.

Por fin me giré y te miré, pero permaneciste callada, mirando al hombre delante de ti con el ceño fruncido. Lo veías como si la noticia fuera totalmente ajena a ti, como si tu mente no pudiera aceptar que esas palabras fueran ahora tu realidad.

No resistí más. Tuve que salir de la habitación mientras tu madre se sumía en un profundo llanto y el médico explicaba las fatalidades de tu enfermedad.

Mi mente no se deshacía de la idea de que nuestro amor jamás iba a poder ser, echándome en cara constantemente que nada iba a poder ocurrir entre mi chica anhelada y yo.

Corrí a ocultarme para echarme a llorar.

Capítulo 4

4. Decayendo

Gracias al súbito cambio en tus tratamientos, tu cuerpo tardó varios días en acostumbrarse, y aquello repercutió en tu contra de forma tanto psicológica como física.

Me ocupé de atenderte de la mejor manera, haciendo lo posible para no verte sucumbir ante la ansiedad y el temor. Constantemente buscaba formas de hacerte olvidar tu triste realidad, animándote a hablar de cualquier cosa; por lo general soltabas risitas cuando yo decía cosas sin pensar, y eso me hacía sentir más y más relajado al hablarte.

Me animó mucho cuando comenzaste a demostrar comodidad cuando te tocaba y observaba, incrementando nuestra cercanía.

Debido a que empeorabas sin previo aviso, solía pasar noches enteras a tu lado, y fue en una de esas ocasiones que sufriste como jamás lo había visto. Tenías temblores cual espasmos que te hacían gruñir y gemir entre sueños, y la fiebre te hacía sudar tanto que empapaste las sábanas. En un estado casi alucinógeno te llevabas las manos al pecho, arañándolo como si intentases parar el dolor punzante que te inundaba al respirar, queriendo arrancarte el dolor con las uñas.

Te colocaba trapos húmedos en la frente y sostenía tus manos con firmeza mientras eras presa de delirios sin sentido.

Una de las veces en las que te revolvías sobre la cama violentamente, te detuviste de pronto, abriendo los ojos de par en par. Intenté articular algo, pero me ignoraste, como si ni siquiera existiese, y corriste hasta el baño.

Escuché que te quejabas al orinar, y al verte salir tambaleante me acerqué para ayudarte a caminar. Cuando volviste a la cama te llevaste las manos al rostro y rompiste a llorar.

—No lo soporto —sollozaste, secándote el sudor y las lágrimas con movimientos torpes. Me senté a tu lado, intentando animarte dándote palmaditas y caricias en la espalda. Me dolía tanto verte de esa manera —. De nuevo oriné sangre, y estas marcas rojas... ¡Agh! Cómo duelen, el cuerpo entero me arde, quema.

Hice ademán de levantarme para alcanzar un vaso de agua, pero me detuviste, alargando ambas manos para tomarme por la camiseta. Me

quedé congelado sin entender nada hasta que lograste decir algo que me hizo sentir tanto dichoso como miserable.

—Quédate conmigo —hundiste tu rostro en mi pecho. Fijé la mirada sobre tus hombros, sacudiéndose a la par que tus sollozos desesperados —. No quiero estar sola. Quédate.

—Tengo que hacer algo para detener el dolor.

—Con... Contigo es suficiente —soltaste un gruñido extraño. No me moví —. Me haces sentir bien... Por favor. Quédate.

Mi cuerpo entero dejó de moverse, incluso sentí que mi corazón se detuvo.

Aquella confesión fue equivalente a escuchar un "sí" el día de nuestra boda, admitiendo que querías pasar el resto del poco tiempo que te quedaba en la tierra a mi lado. Mi chica afligida, me hiciste tan feliz que me olvidé de cómo respirar.

No dije nada.

Te rodeé por los hombros y devolví el abrazo cuando tú me tomaste por la cintura. Sentí tu corazón agitado golpeando contra mi pecho, mientras tus temblores se disipaban lentamente y el calor de mi cuerpo se fundía con tu sudor helado.

Me fue imposible no sonreír.

Me olvidé de tu llanto, me olvidé del hospital, me olvidé de tu enfermedad destructiva, y nuestro abrazo me pareció totalmente hermoso.

Te separaste tras varios segundos que yo apenas sentí y, antes de que dijese algo, me hiciste una petición a la que no me pude rehusar.

—Recuéstate a mi lado.

Temblé apenas entendí las palabras.

—... ¿Lo quieres en verdad?

Me miraste con ojos brillantes por el dolor y las lágrimas.

—Te lo estoy rogando.

Tras haberme echado hacia atrás, te acurrucaste sobre mi pecho, abrazándome otra vez y rodeando mis piernas con las tuyas. Poca atención le puse a mis entrañas ardiendo porque verte tranquila en ese

momento era lo único que de verdad importaba, mi chica devastada.

Vacilé al colocar mi brazo sobre tus hombros.

—¿Crees que voy a morir?

Tu voz sonaba débil y lejana, como si ya hubieses alcanzado el límite del dolor.

—¿Por qué quieres hablar de eso?

—Porque no puedo no pensar en la muerte —hiciste puños con las manos, aflojándolas y apretándolas por turnos—. Todo el dolor... Todo lo que he sufrido... Y, a la vez, todas las cosas que me faltó hacer. Eso es lo que me atormenta; la poca experiencia que tuve con el mundo.

—No es seguro que vayas a morir —dije, acariciándote—. Y aún puedes probar muchas cosas.

—¿Aquí dentro? —soltaste un suspiro extraño —... Como... Como algo entre nosotros, ¿a eso te refieres?

—N-no, yo... No, eh...

—Me gusta cómo me tratas. Eres muy dulce conmigo —dijiste, en tono incluso más bajo, y por cómo tu voz tembló me di cuenta de que te habías sonrojado tanto como yo—. Sé que ese es tu trabajo, pero... Me gustas. No lo quiero ocultar, y sonará idiota e infantil, pero sería lindo olvidar mi miseria con amor. Un romance apasionado, pero, si tú no lo quieres, lo entendería.

—Claro que no —dije —, digo...

Cerré los ojos para ordenar las ideas alocadas que mi mente no podía controlar.

—Yo... Quiero verte y hacerte feliz, es todo.

Creo que entonces sonreíste, abrazándome más fuerte.

Me quedé dormido a tu lado aquella noche. Tuve sueños en los que nos veía juntos para toda la eternidad, en una dimensión donde no existía ni tu dolor ni mis preocupaciones. Por tu sueño tranquilo, sin volver a sentir malestar esa noche, me gusta pensar que soñaste algo parecido.

A la mañana siguiente todas mis amorosas fantasías se desvanecieron al

verte inmóvil y mallugada entre mis brazos.

Como siempre, te encontrabas pálida, pero esta vez, alrededor de tus brazos, había moretones que no habían estado ahí el día anterior. Tenían colores preocupantes, desde el púrpura hasta un amarillo verdoso, y aquel silbido que a veces soltabas al respirar se había vuelto mucho más sonoro.

Te veías tan débil.

Toqué una de tus mejillas, pero no me sorprendí al verificar que estaba helada; la fiebre había desaparecido mientras dormías.

Despertaste lenta y torpemente.

Tus ojos estaban enrojecidos y, apenas dos segundos más tarde, tu nariz comenzó a sangrar violentamente.

Me miraste y ambos lo entendimos.

Mi compañía te traía paz, te daba amor y calidez... Pero, sin el tratamiento apropiado, te quebrantarías hasta desaparecer.

Capítulo 5

5. Besos y úlceras

Totalmente alterado por lo que había pasado, mi mente y corazón se enfrascaron en una disputa que apenas podía entender. Quería quedarme a tu lado para hacerte compañía mientras sufrías de dolores agonizantes, pero sabía que tenía que trabajar al lado de médicos y expertos, en esperanzas de curarte y devolvarte a la normalidad.

Cuando me pedías que me quedara a tu lado, lo hacía; pero tan pronto escuchaba una mínima queja, salía corriendo para buscar algo con lo que aliviarte.

Para ambos era horrible, pero lo único que podía tranquilizarnos era nuestro propio amor arrogante.

En particular aquel día fue estresante para ambos. Tuve que pincharte las venas para hacer posible una transfusión de sangre. Vomitaste lo poco que ingeriste por la mañana, y con suerte podías tragar agua. Te quejabas de agujonazos en el pecho que se transformaban en escalofríos, y con cada pequeña caricia que intentaba darte aparecía un moretón oscuro.

Sofocado por las ansias y la preocupación, me acerqué a tomar tus manos entre las mías y me incliné para besarte.

Tras tanto tiempo de haberlo deseado, lo hice.

La tensión del día entero, las confesiones mutuas, mi maldita vida entera, encontraron un sentido. El descontrol de mi mente se transformó en estallidos de placer que me revolvían el pecho y el estómago; y fue entonces que me di cuenta de que no estaba enamorado. No. Yo te amaba. Te amaba, mi chica perfecta.

Sentí cómo tu cuerpo se tensó y se relajó en el mismo segundo, devolviendo el beso. Sonreí... Hasta que empezaste a temblar, te apartaste, tosiste, y tu nariz volvió a sangrar.

Mientras te atendía quise preguntarte algo que mi mente desesperada anhelaba saber.

—Oye, ¿linda? ¿Te gustaría...? ¿Te gustaría ser mi novia?

Me miraste, con los ojos perlados por las lágrimas y sangre cubriéndote los labios, ignorando cómo yo intentaba mantener tu cabeza vuelta hacia

el techo. Me miraste y sonreíste, y yo sentí que mi mundo se tambaleaba.

—Sí.

No hacía falta decir nada más.

Ambos sabíamos que estabas muriendo. Lo sabíamos bien; yo lo veía y tú lo sentías; yo tenía experiencia con las despedidas eternas y tú con el dolor impasible, pero pretendimos y nos hicimos ajenos a ello como si el amor desesperado por el otro fuera un escudo contra la realidad.

Te abracé, pero de inmediato retrocedí al recordar la facilidad con la que aparecían moretones en tu piel. El sangrado se detuvo y te limpié con cuidado.

—Te amo.

—¿En tan poco tiempo? —dijiste, negando con la cabeza a la par que me dedicabas una sonrisa soñadora. Bajaste la mirada a tus manos y comenzaste a jugar con ellas —. Que... Que hagas esto por mí es muy lindo.

—¿Hacer qué? —tomé tu barbilla y volví a acercarme hacia ti lentamente, buscando otro beso antes de que te asaltara un nuevo malestar —. Mi amor no es una broma. Amarte es lo que siempre preferiré hacer.

Sí, en tan poco tiempo.

Sí, con tanta pasión.

Sí, de forma tan dependiente, enfermiza, brusca e inoportuna, te amaba.

Respondiste con una risita temblorosa que interrumpí besándote más ávidamente que la primera vez. No pude evitar dejarme llevar; acerqué mi pulgar hasta tu barbilla y tiré de tu labio inferior para abrir tu boca. Fuiste muy dócil cuando nuestras lenguas entraron en contacto, e imitaste mis movimientos torpe y adorablemente.

Aquella sutileza me hizo sentir mucho más cegado, necesitado de hacer contigo todas las cosas que había imaginado.

Sin dejar de besarte te tomé por la cintura para empujarte contra la cama, colocándome sobre ti lentamente; pero mientras encontraba mi lugar y me acomodaba contra ti, sentí tus manos sobre mi pecho, empujándome.

—Es... Espera —te apartaste, sin querer ni abrir los ojos —. Mi lengua, me

duele.

—¿Ah? —analicé tu rostro, sin saber si sentirme más confundido o preocupado —. ¿Te duele?

Asentiste. Me senté al lado de la cama.

—Déjame ver.

Abriste la boca para que yo pudiese examinarla. Olía a podrido; tuve la bizarra imagen de que tus intestinos ya habían entrado en proceso de descomposición y aquello era lo que apestaba, pero en realidad era tu lengua.

El color de esta era blanco, contrario al sano rosado que debía poseer, y en los costados, donde la lengua roza con los dientes, había ampollas amarillentas que parecían poder excretar pus en cualquier segundo.

Con manos enguantadas toqué una de ellas. Brotó una línea de sangre.

Es curioso cuando te das cuenta de que nuestro romance se resume perfectamente con aquella escena.

Capítulo 6

6. Asuntos inevitables

Ya jamás pude besarte de la misma forma, no con la misma pasión o con consentimiento.

Empeoraste tanto que ya lo único que podías hacer con tranquilidad era intentar sonreír como respuesta a las charlas agitadas que tenía contigo. Cuando podía besaba tus mejillas, acariciaba tus manos, te mantenía al día con mi aburrida vida, y jamás dejé de recordarte lo mucho que te amaba.

Pasabas más tiempo a mi lado que con tu propia familia.

Entonces, sí, creo que entonces fue cuando te diste cuenta de lo enloquecidos que eran mis sentimientos hacia ti. Creo que sería justo comparar tu enfermedad con mi amor; ambos tan tóxicos como inevitables, y ambos viviríamos con ellos hasta morir.

Te diste cuenta de que había algo... Algo "malo" conmigo.

Te preocupaste mucho por todo ese amor desesperado que necesitaba depositar en alguien, en ti, y me pediste que me detuviera. Pero, mi chica atormentada, ¿cómo frenar lo que está destinado a ser?

De todas formas, tú también me amabas, ¿no es cierto?

Empiezo a pensar que no te gustaba por quién era, sino porque te mantenía ocupada, haciéndote olvidar la locura en la que podrías ahogarte si te quedabas a solas con mangueras conectadas a las venas y tu docena de píldoras diarias.

Las semanas pasaron, tú seguías mal y yo continuaba intentando hacerte sentir mejor, hasta que comenzaste a negármelo.

Detenías mis besos e implorabas porque me buscara a alguien más a quién amar, ¡pero eso era imposible! A la única a la que amaré es a ti, sin importar nada. Incluso la oposición que demostrabas, lo débil que te veías al impedirme lo que quería, me hizo desear hacerte mía como nunca antes.

Era adorable.

Una madrugada regresaste del baño tras haber vomitado partes iguales de sangre y comida. Te ayudé a regresar a la cama; colocaste tu mano sobre tus labios cuando quise besarte. No me importó y besé tu mano.

—Voy a morir —dijiste, como si ahora fuese yo el que no lo entendía —. Deja de hacer esto. Olvídame, por favor.

Me miraste con el ceño fruncido, y yo me limité a sonreír. Te apartaste cuando quise abrazarte.

—Acepta que te voy a dejar y que no puedo corresponderte.

—No hables, linda —tomé tus manos, que intentaban apartarme, y deposité besos ansiosos en tus mejillas. Mi voz se volvió un susurro —. ¿Te incomodaría si te acaricio? ¿Crees que te dolería?

—¡Hazte a un lado! —quisiste zafarte, pero no permití que te alejaras —. Para. Por favor.

—¿Te lastima?

—Me molesta —dijiste, mirándome a los ojos —. Que quieras tener relaciones conmigo... Conmigo tan enferma... Es asqueroso. Y que me ames de la forma en que lo haces... ¿Qué te sucede?

—Si me lo pides puedo reprimir mis deseos de acostarme contigo, pero no puedo hacer lo mismo con mi amor —acaricié tu cabello, y esta vez no presentaste resistencia —. Y ya me he hecho a la idea de que morirás.

—¿Y luego? —tu tristeza y cansancio se habían transformado en pura molestia —. ¿No piensas seguir con tu vida cuando ya no esté?

—Me he preguntado eso mismo muchas veces —pausé por varios segundos —. Sí, lo he pensado, y quiero preguntarte una cosa.

—¿El qué?

—¿Me dejarías profanar tu cadáver?

No dijiste nada.

Por cómo temblabas y te sacudías me di cuenta de que te habías echado a llorar.

Pasé horas a tu lado, hasta que el sol salió por el horizonte y hasta que este volvió a ocultarse tras colinas lejanas, abrazándote sin deseos de separarme; consolándote tanto a ti como a mí por la idea de tu muerte, y asegurándote de que no le haría daño a tu cuerpo putrefacto. De hecho,

confesé, lo devolvería a la tumba tan pronto comenzara a apestar.

Insistí hasta que te harté.

Aceptaste y te besé.

Días después falleciste.

Capítulo 7

7. Linda en un ataúd

Lloré mucho cuando te fuiste, pero logré componerme por la promesa que nos hicimos.

La ceremonia pareció eterna y, por desgracia, no pude ver tu cuerpo entonces. Tu familia se negaba a dejarte partir y no quise interponerme entre ellos y su dolor; me pareció justo dejarlos acapararte en el funeral por lo que yo iba a hacer después.

No pude quedarme hasta el final de la ceremonia pues tenía que terminar ciertos preparativos. Llevaría tu cuerpo a un hogar temporal en el que me quedaría hasta cumplir con mis deseos, situado bastante cerca del cementerio. Debía acondicionarla bien para tu llegada.

En la pequeña casa de apenas tres habitaciones ya había desempacado y dispuesto tanto posesiones personales como herramientas que necesitaría para más tarde. Al llegar, cambié mis ropas de gala por prendas viejas y cómodas.

Dio la media noche más pronto de lo que imaginaba y esperé varias horas más para finalmente volver al cementerio, armado con una pala, una linterna, y mi ingenio.

Las cosas no salieron tan perfectas como esperaba pues no contaba con que el velador hiciera sus rondas sin descanso alguno, viéndome obligado a hacer algo para impedir que me descubriera. Lo noqueé tan sutilmente como me fue posible y lo cargué hasta un pequeño mausoleo; ya allí, lo encerré dentro con ayuda de piedras y palos de madera que encontré por ahí tirados.

Volví a tu tumba.

No quise leer la inscripción para no volver a llorar, y comencé a escavar, sin detenerme ni un momento a pesar de que sintiera la garganta seca y mis músculos contrayéndose por el cansancio. Me encontraba ya jadeando cuando la pala chocó contra el ataúd; entre gemidos sonreí, cavando con más rapidez.

Abrí el ataúd en cuanto tuve oportunidad. Tomé la linterna, la dirigí hacia abajo, y te vi. Mi chica muerta.

Estabas arropada por un vestido blanco con detalles negros y una adorable tiara a juego; verte así fue lindo. Jamás te había visto con otra cosa que no fuese la batita de hospital. Era como si estuviésemos a punto de contraer matrimonio; quizás pudiéramos hacerlo en el más allá, ¿te parece?

Tu piel tenía un tono casi verdoso; el maquillaje que te habían aplicado para el funeral se fundía extrañamente con el tono azulado característico de los cadáveres. En realidad, no había mucha diferencia a cuando estabas viva: siempre pálida y con grandes ojeras, salvo que ahora tus labios tenían un tono rosado muy lindo. Me tuve que contener para no lanzarme a besarlos.

Hice un esfuerzo y pude apartar la mirada de tu rostro para mirar tu cuello, tus clavículas, tu busco, tu cintura, tu cadera, y tus piernas que tan loco me vuelven. Me acuclillé, absorto en tu belleza, para acariciarlas.

Las yemas de mis dedos se deslizaron temblorosamente sobre tus heladas rodillas, y permití que reptaran más allá, hasta adentrarlos bajo tu falda. Dejé de respirar, alcé la mirada y vi que no te quejabas.

Levanté el vestido hasta dejar a la vista tu cintura.

Mi garganta ya no estaba seca; mi boca entera ahora salivaba sin control.

Acerqué mi rostro hasta tu pelvis y deposité un profundo beso en el moñito rosado de tus bragas; mordí levemente tu pubis y, cuando sentí aquella frialdad entre mis labios, cuando saboreé tu muerte con mi lengua, fuego se encendió en mi pecho.

Volví a mirarte y acaricé tus mejillas.

—Tenía planeado hacerlo en casa, en mi cama tibia —susurré, colocándome cuidadosamente entre tus piernas, y mi respiración volvió a cortarse—. Pero ya no puedo aguantar más. No te molesta, ¿verdad, linda?

Me incliné a besarte y me sorprendí al darme cuenta de que no estaba incómodo al sentir que no era correspondido. Mordí tus labios y abrí tu boca para continuar besándote mientras mis manos te sujetaban por la cintura y estrujaban tus pechos; mi pelvis comenzó a moverse por instinto, provocándome tanto placer como nunca lo había sentido.

Sin aliento, me detuve. Tenía que terminar cuanto antes, ya no podía soportarlo. Desde que te sentí bajo mis dedos, desde que te vi inmóvil, deseaba hacerlo, y me sentí incapaz de prolongarlo por más tiempo.

Desabotoné mis pantalones y los aparté del camino al igual que mis calzoncillos; ya tenía una erección. Te aseguré que sería cuidadoso y aparté tu ropa interior. Te embestí lentamente, dejando escapar gemidos y jadeos ahogados.

Cada pequeño movimiento me provocaba oleadas de placer, arrancándome más gemidos, haciendo que mi mente se olvidara de cualquier cosa que no fueras tú; iba a perder la cabeza. No puedes ni imaginarte cuánto había querido cogert— Hacerte el amor.

Llamas de gozo se extendían por todo mi cuerpo y me quemaban las entrañas, y me sentía tan bien que ya no pude intentar joderte con cuidado; mis embestidas se tornaron agresivas, y cuando miraba tu rostro y tus labios, el fuego crecía y crecía hasta que casi sentí que mi carne se desprendía del hueso.

Gemí y maldecí, y gruñí, y jadeé y te acaricié con ansias, y rasguñé tu cintura, y permití que las oleadas de fuego y calor me invadieran hasta que fueron lo único que logré percibir; te amaba, cuánto te amaba; y, mierda, cuán bien te sentías.

Mi vista se nubló, el fuego me quemó vivo, y terminé dentro de ti.

Tardé varios minutos en recuperar el aliento, echado sobre ti. Tragué saliva, adorando cómo te veías fría y muerta, y toda mía.

¡Qué hermosa lucías en esa tumba!

Capítulo 8

8. Cadáver drenado

Te llevé a casa tras haberme repuesto y dejado tu tumba como estaba.

Mientras nos encaminaba hasta allá, te conté sobre nuestro hogar temporal; sobre cómo la cama era lo suficientemente grande para dormir juntos, que había provisiones de sobre para tu limpieza y la mía, y de cómo me conseguí varios instrumentos de quirófano por si necesitaba extirparte algunos órganos. Tu familia no había querido que la morgue te hiciera nada de aquello, pero yo tendría que hacerlo, si llegaba el momento, por cuestiones sanitarias.

Sé que prometí que no te conservaría conmigo por mucho tiempo, pero estaba bastante seguro de que mi amor incluso sobrepasaría la barrera de las promesas.

Cuando te tuve conmigo, me sentí tan feliz, tan completo. Te contaba cualquier tontería que se me cruzaba por la mente, me sentaba a tu lado en la cama sólo para abrazarte, te hacía preguntas que respondías en mi imaginación, soportaba los ruidos extraños que salían de tu cuerpo muerto, y te hacía el amor incontables veces.

Tenía que ser cuidadoso al moverte, y luego vinieron los fluidos extraños que secretaba tu cuerpo desde todos los orificios. Poco después aparecieron moretones y manchas oscuras aquí y allá debido a la acumulación de sangre. Seguías siendo hermosa, pero terminaba exhausto tras tener que cuidarte tanto y de tantas maneras.

Tras pensarlo por varios días decidí drenarte la sangre del cuerpo pinchándote las arterias más importantes. El mismo día te abrí el vientre para sacar los intestinos y estómago de la cavidad; espero que mis charlas nerviosas te hayan entretenido cuando menos.

Antes de suturar la herida decidí que lo mejor era dejar el torso vacío por completo; maniobré mucho y muy duro para sacar la mayor parte de pulmones que me fuera posible. Sonará algo... Algo bestia, pero me ayudó mucho una aspiradora modificada para el caso. Espero que el escándalo no te haya molestado mucho.

Fui más cuidadoso con tu corazón, y logré sacarlo de entre las costillas en tres partes que guardé en tres frascos distintos. Todo lo demás lo boté,

linda, no te preocupes.

Rellené tu cuerpo con tela mojada para darle una buena apariencia y después cerré la enorme e irregular herida. Creo que tras eso estuve más cómodo contigo, pues aparte de la leve peste, nada me incomodaba.

Estuvimos bien por algo así como tres semanas, cuando la gente del pueblo comenzó a verme raro. Sabía que se habían enterado, o quizá solamente sospechaban de lo que había hecho, pero no tardarían en encararme.

Me empecé a cuestionar todo. ¿Qué tal si un día decidían visitarme y encontraban tu cuerpo? ¿Qué tal si a tu familia se le ocurría revisar tu tumba sólo para darse cuenta de que habías desaparecido? Nadie entendería todo el amor que implicaba nuestra relación.

Sin embargo, culpa a mi amor o a mi estupidez, nada de eso me afectó ni a mí o a mis ánimos de profanarte. Si me lo habías permitido, ¿qué más daba? Creo que eso fue lo que me condenó.

Ahora por fin puedo explicarte por qué es inevitable que nos volvamos a encontrar en el más allá.

No es porque estaré enamorado de ti hasta que muera de anciano, no. Sino porque estoy ya moribundo.

¿Alguna vez has escuchado sobre las infecciones por estafilococos? ¿De algo llamado síndrome de shock tóxico?

Ya te lo explico.

Capítulo 9

9. Últimas caricias

Nos encontramos al final de nuestra historia; nuestro corto y complejo romance, lleno de excesos y distintos niveles de atroces pecados.

Dudo poder seguir hablando por mucho más tiempo, así que iré directo al grano mientras espero mi muerte.

Para esto debo ir atrás un par de semanas, a una noche en que estaba tan excitado de tenerte conmigo como aquel momento en que profané tu tumba. ¿Por qué razón? No dejaba de admirarte. Te recorrí con la mirada tantas veces que ahora puedo estar seguro de conocer bien cada centímetro de tu carne putrefacta.

Nuestras ropas estaban dispuestas a un lado de la cama y, con cuidado, me arrodillé a tu lado para tomarte por la cintura. Estaba acostumbrado a tu frialdad fundiéndose contra mi calor; con los ojos bien abiertos miré a detalle tu rostro tan solo para memorizar cada pequeña arruga, cada pega y lunar, cada cabello.

Con una idiota sonrisa comencé a besarte, acariciando tu irregular pecho y estómago. Entonces se me ocurrió una mejor manera de disfrutar tan puros y dulces labios.

No tuve que masturbarme mucho para tener ya una erección; emocionado ante la sola idea de metértela en la boca.

Con un gruñido me puse de pie sobre la cama, colocándome de tal manera que mi entrepierna quedase ante tu rostro. Al verte desde arriba no pude evitar una sonrisa radiante y estuve cerca de abrirte los párpados a la fuerza para que me devolvieras la mirada.

Me tomó dos intentos separar tus mandíbulas y cuando lo logré comencé a embestirte con cuidado, pues nunca había intentado nada parecido hasta entonces; de todos modos, la sensación que comenzaba a recorrerme el cuerpo lentamente era suficiente para hacerme olvidar de cualquier otra cosa.

Tu lengua estaba hinchada, dura y seca, mientras que tu paladar se encontraba flácido; cada embestida traía consigo sensaciones nuevas y extrañas. Por momentos notaba tus dientes rozando mi miembro, y después me percaté que el interior de tu boca ya se encontraba húmedo

por mi culpa.

Debí prestarles atención a tus dientes. Tal vez debí sacártelos tiempo atrás, pero no se me ocurrió nunca pensar en ellos hasta que fue en verdad muy tarde.

El placer se transformó en dolor, mis respiraciones agitadas en un grito agudo provocado por tus mandíbulas cerrándose súbitamente. Mi visión se nubló con lágrimas, y cuando bajé la mirada apenas pude distinguir líneas de sangre bajándose por las comisuras de los labios.

Abrí tus mandíbulas a la fuerza, chillando al percatarme de lo enterrados que estaban tus dientes en mi carne. Corrí al baño, dejando un rastro de sangre detrás, y ya dentro intenté no desmayarme mientras desinfectaba el área.

Al mirar mi botiquín me di cuenta de que no tenía otra cosa además de alcohol puro para limpiar las heridas. Fue el peor dolor que he experimentado; y mis intentos por no perder la conciencia fallaron cuando me di cuenta de que estaba tumbado en el suelo, sin tener idea de cuánto llevaba ahí.

Pasaron varios días y no busqué ayuda médica. ¿Qué iba a decirles? ¿La verdad, que mi pasatiempo era joder con un cadáver?

Mi autodiagnóstico fue rápido: síndrome de shock tóxico, como dije, por culpa de estafilococos, que son bacterias muy comunes en cuerpos sin vida. No te imaginas la cantidad de porquerías que contiene la boca humana, pero es seguro asumir que estas se multiplican por diez cuando llevas varios días muerto. Así, cuando tus dientes se clavaron en mi carne, estaban increíblemente contaminados, dándome una sentencia de muerte segura.

Mis heridas se infectaron apenas horas después del accidente, pero la infección progresaba tan lentamente que no me di cuenta de lo jodido que estaba hasta que relacioné mis síntomas con la enfermedad: fiebre, náuseas, y fuertes dolores de cabeza que ignoraba tomando aspirinas.

Varios días después comencé a sudar profundamente y mi cerebro parecía procesar todo muy lentamente, como hundido en una clase de sueño lejano.

Cuando fui a curarme noté que las diminutas heridas supuraban coágulos de sangre mientras que su alrededor estaba enrojecido, hinchado, y un extraño sarpullido se extendía por toda el área. Me eché a llorar sin siquiera darme cuenta; intentar curarme me tomó el resto de la tarde, e ir

a orinar era de lo peor.

No pude mejorar. Todos mis intentos por curarme fueron en vano.

Desde hace casi un día que no he podido levantarme de la cama; todo el cuerpo me pesa y mis músculos tiemblan apenas intento moverme. Mi cabeza no deja de palpar. Mi entrepierna pica, duele, como si mi carne fuese a reventar en cualquier momento. Tengo ampollas que secretan pus amarillento mientras que las heridas originales están cubiertas por un manto verdoso de moco.

Es asqueroso, y me da risa.

Nunca creí que moriría de esta manera, pero, en realidad, ¿quién piensa que se irá de una forma tan patética? Encerrado en una apestosa habitación, junto al cadáver de su único amor.

Sé que no tardaré mucho en irme. Puedo sentir a la muerte cerniéndose sobre mí, no como un frío abrazo, sino como golpes incesantes y ardientes. No es nada pacífico, ¿para ti lo fue? Puedes contármelo cuando nos veamos.

Ahora lo único que puedo hacer es admirarte como lo he hecho desde que nos conocimos.

Acariciar tus mejillas.

Abrazarte con las pocas fuerzas que me quedan.

Cerrar los ojos para dormir un poco y aliviar todo el dolor.